

## CHEQUEO AL SECTOR ILUSTRADORES

# Los problemas del ilustrador, artista por encargo

por José Llobera\*

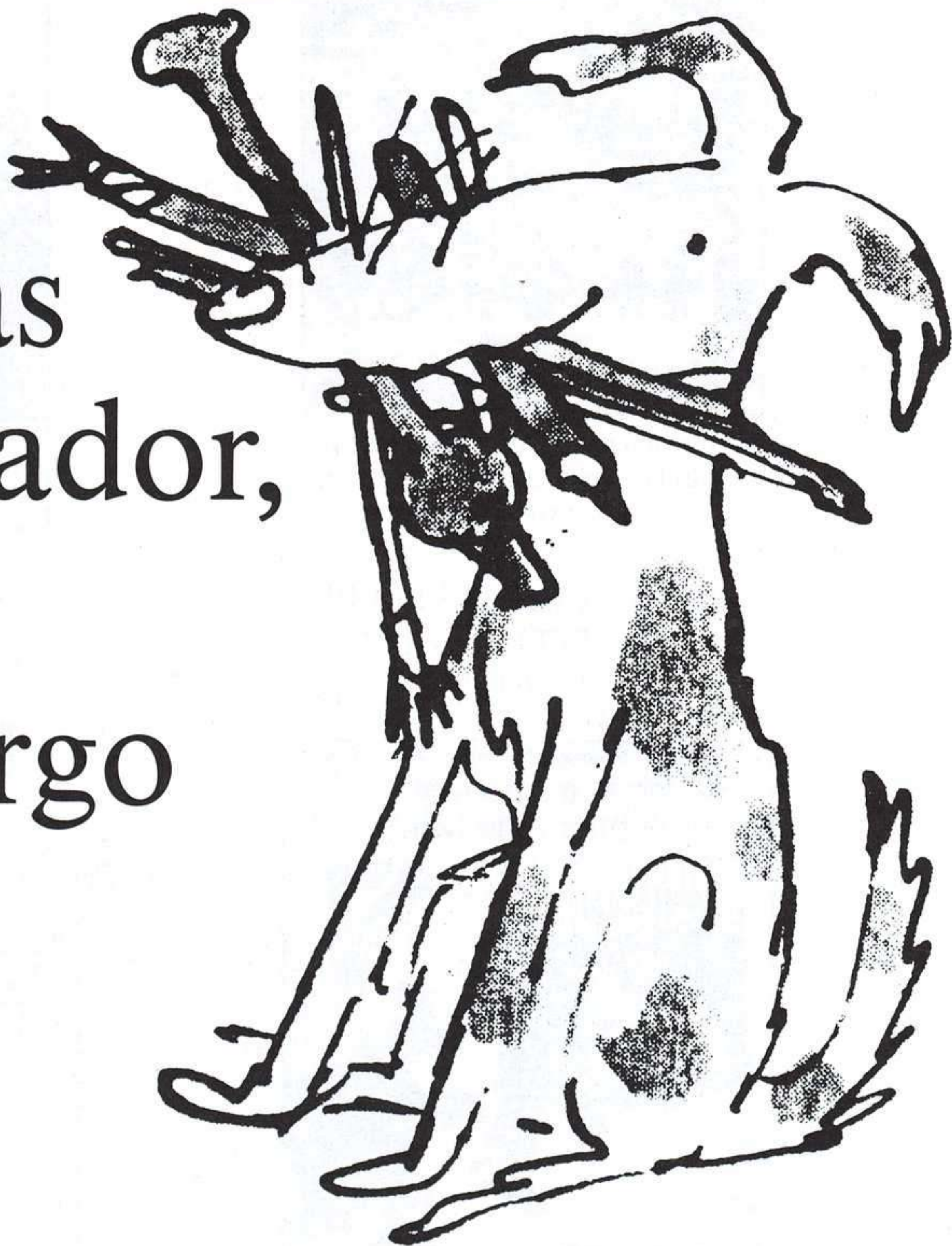
**S**i analizamos con rigor el mundo de la ilustración, advertiremos que tanto en el hecho de ilustrar como en la íntima personalidad del ilustrador, hay un algo de anárquico que dificulta el encaje en lo que podríamos llamar su finalidad profesional.

Pedirle a un artista que nos dé —por medio de dibujos— su versión de una narración, viene a ser como forzar una segunda lectura, en clave gráfica, de una creación literaria.

El ilustrador tiene demasiada fuerza expresiva para encomendarle un simple *revestimiento gráfico* de una obra literaria. Por otro lado, el ilustrador tiende a la recreación figurativa de sus personajes, situaciones y ambientes con lo que el margen de imaginación del lector (que antaño pudo ser estimulado con los «santos»

de los libros) podría resultar afectado por tan prolijas descripciones.

En el cine, por ejemplo, se da este tipo de trabajo en equipo; pero la literatura parece no permitir esta colaboración ya que, para ello, habría que aunar el trabajo de dos profesionales de parecida calidad (¿Cervantes y Velázquez?) en una obra común. Pero si



QUENTIN BLAKE.



esta colaboración no fuera entre genios, ¿qué saldría de ahí? ¿una especie de «cómic» literario?

Aceptemos pues que la novela, en general, no necesita un ilustrador ya que su aportación creativa produciría una colisión expresiva en la que *siempre* tendría las de perder el dibujante ya que sería el intérprete supeditado a una obra ya creada. Por todo ello, hoy apenas se ilustran obras literarias para adultos, excepción hecha de las ediciones para bibliófilos cuya finalidad elitista queda al margen de estas consideraciones.

En general, hoy los libros carecen de ilustraciones interiores mientras que las portadas se confían a un buen diseñador que sepa lograr el objetivo de darle una adecuada presentación sin entrar en competencia con el autor. El resultado de todo esto es la pérdida de un importante segmento de mercado que antes poseían, casi en exclusiva, los ilustradores.

Otro sector que habitualmente ha recurrido a los artistas ha sido el de la publicidad. No parece que a Toulouse Lautrec le pusieran muchas pegas a la hora de aceptar sus carteles, como tampoco parece que se las pongan a Mariscal; pero en general el marketing impone su ley y el ilustrador debe someterse a la disciplina de la campaña publicitaria sin ningún margen de libertad.

En este caso el rival del ilustrador es el fotógrafo que está copando la mayor cantidad de vallas, anuncios y folletos, reservándose a los ilustrado-

res aquellas imágenes irreales, fantásticas o de difícil ejecución fotográfica.

A la pérdida, pues, del mercado editorial para adultos, hay que añadir la merma en el mercado publicitario, así como la resistencia del ilustrador típico a someterse a trabajos repetitivos, disciplinados, excesivamente técnicos o sin un mínimo contenido creativo.

A este punto se puede empezar a comprender las múltiples contradicciones de un profesional por encargo que detesta los encargos. El dibujante es un curioso ser al que le gustaría vivir asilvestrado; pero al que un hambre ancestral ha logrado, en cierto modo, domesticar llevándole a las antenas de los editores y de las agencias. Pero que nadie se engañe: su íntimo deseo es llegar a trabajar para sí mismo sin el corsé del encargo y, a poco que pueda, se echará de nuevo al monte... a pintar y preparar una exposición.

Pero mientras esto no suceda ¿qué sector profesional le está quedando al ilustrador? Sin ninguna duda su gran refugio es el libro infantil y juvenil en donde la ilustración es absolutamente indispensable. Especialmente en el libro infantil el ilustrador es el *autor* por excelencia. Nadie como él para dialogar con el niño y llevarle de la

mano a conocer curiosos personajes y extraordinarios lugares.

El ilustrador y los niños. Simbiosis perfecta sólo alterada por algunos editores que, no se sabe cuándo ni cómo, aprendieron a maltratar a los dibujantes, a ponerlos a las órdenes de incompetentes subordinados que determinan desde el estilo hasta el color de los fondos y a racanearles el mínimo vital.

En su ceguera empresarial van a la caza de la «joven promesa», supeditando la calidad al precio y se conforman con el mercado nacional en lugar de optar a las coediciones internacionales con la ayuda de unos profesionales que, ante las fronteras de Europa, serían sus mejores colaboradores.

Pero todo esto cambiará. En el futuro, la ilustración estará presente en las mejores galerías, libre finalmente de las ataduras de un texto obligado. Aparecerán líderes que intelectualizarán la profesión y enseñarán a sus compañeros los sutiles mecanismos de la justificación teórica para apoyar sus obras y muy especialmente sus tarifas. Claro que para ello, quizás el futuro dibujante profesional deberá cambiar (al menos en parte) sus papeles por ordenadores y sus pinceles por paletas gráficas y lápices electrónicos. ¡Qué lástima! ■

\*José Llobera es presidente de la Asociación Profesional de Ilustradores de Madrid (APIM).



QUENTIN BLAKE.